

Biombos y espejos

Folding screens and mirrors

Telas e espelhos

Francisco Herrera-Rodríguez

Profesor jubilado de la Universidad de Cádiz (Historia de la Enfermería y Fundamentos e Historia de la Fisioterapia)

Correspondencia: Santo Domingo de la Calzada, 11-3º A. 11012-Cádiz.

Correo electrónico: fraherod57@gmail.com

Cómo citar este artículo en edición digital: Herrera Rodríguez, F. (2020). Biombos y espejos. *Cultura de los Cuidados* (Edición digital), 24 (56) Recuperado de <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2020.56.04>

Recibido: 08/01/2020

Aceptado: 09/03/2020



ABSTRACT

In these pages are presente prose, aphorisms, reflections and micro-narratives dealing with death, love, loneliness, poverty, injustice, disease, music, cinema, literatura and city life.

Keywords: Prose, aphorisms, micro-narratives, phenomenology.

RESUMEN

En estas páginas se presentan prosas, aforismos, reflexiones y microrrelatos que tratan sobre la muerte, el amor, la soledad, la pobreza, la injusticia, la enfermedad, la

música, el cine, la literatura y la vida en la ciudad.

Palabras clave: Prosas, aforismos, microrrelatos, fenomenología.

RESUMO

Nestas páginas são apresentadas prosa, aforismos, reflexões e micro-narrativas sobre a morte, o amor, a solidão, a pobreza, a injustiça, a doença, a música, o cinema, a literatura e a vida urbana.

Palavras-chave: Prosa, aforismos, micro-narrativas, fenomenologia.

II

Alejandra Pizarnik

Flora, Alejandra, siempre Pizarnik, nunca Andrea como te nombró la que no te quería. Te quedas sin isla y saltas sin paracaídas a la sombra de los pronombres. El alba clareó el árbol de Diana. Camisa en llamas.

A Mari Carmen

“Biombos y espejos. La vida”

Juan Ramón Jiménez, *Aforismos e ideas líricas*

III

A C. Bonald

Los estorninos arbolizan en el atardecer de Eritheia, mañana verán el amanecer de la Argónida. El mosquitero de Hume merodea los álamos, aparece en las altas ramas y se esconde. Pájaros, pájaros que burlan al tiempo, que burlan al olvido. Nadie se da cuenta de que pájaros y árboles hablan sin que nadie los escuche.

“Ese río del tiempo hacia la muerte”

Blas de Otero, *Ángel fieramente humano*

“La mesa en la que escribes tiene un boquete atroz por donde se vacían las voces”

José Manuel Caballero Bonald,
Desaprendizajes

IV

Septiembre

Verano

El verano es un puente entre dos soledades. Caras, manos, calles. La sístole de los miércoles se ausenta del mercado y de los pasillos grises, de las puertas cerradas que guardan mares sin puertos. Ojos, bocas, vidas de arena, sueños con paredes, sombras de dagas, metales que fingen y trepan escaleras de viento.

Septiembre llega con uvas negras y pámpanos verdes, y la luz tamizada por los quitasoles del olvido. La vida ahora es como una playa de arena blanca y paredes de cal. En las azoteas que dan al Poniente, añiles y naranjas enrojecen, no hay más misterio que contemplar la tarde que se va. Mañana quien sabe qué.

V

Trébol

A este trébol de cuatro hojas lo dieron por muerto, los gorriones le comieron el alma. La luz de la terraza que vigila el Oeste y una mano hicieron el milagro de que renaciera el verde, el verde provisional y eterno.

VI

Ese viejo

¿A dónde iba ese viejo en verano con la gabardina de los inviernos? ¿A dónde iba con el capazo siempre vacío? ¿A dónde iba desgastando en el aire las suelas de los zapatos? Arriba y abajo, día tras día, año tras año, sin fe pero sin desaliento. Ahora, hoy, ya lo sé. Tenía una cita con este escribano en el parque de la vejez, allí me regaló la gabardina (esta que llevo en verano), también me dio el capazo y los zapatos. Ahora soy yo el que va arriba y abajo, día tras día, año tras año, sin fe pero sin desaliento, camino de una cita, con no sé quién, para entregarle la gabardina, el capazo y los zapatos, tan vapuleados, por tantos tiempos gastados.

VII

A J.V.M.

El mar, mórbido y paciente, te veía ir y venir, te acogía y devolvía a la orilla, vigoroso y alegre. Te dejó hacer raíces cuadradas en el colegio, te dejó jugar en la arena, vigilándote, hasta que su imán poderoso te llevó para que alumbraras sus tinieblas. Aquí quedaron para siempre los logaritmos, los vecinos y esa gramática fugaz de la vida.

VIII

Mendigos

Enero sin casa, aljibe sin agua, puentes rotos en el Aquerón del infierno, ojos que desde el suelo ven zapatos veloces que se encaminan hacia una nada con eventos, llena de contraseñas, de cajeros automáticos y tardes de domingos encendidas con luces de farmacia, esas luces que no tienen la dignidad de los faros.

IX

Soledades

Los dos hombres se encuentran en los pretilos de Eritheia después de mucho tiempo sin tiempo. Uno habla de que ha conquistado el sol, el otro de lo ancha y fría que es la sombra. Dos monólogos que incomodan al silencio. Se miran y reconocen en sus caras algunos gestos del pasado, pero el calor de entonces ya no les cabe en el pecho. La tarde se enfría en los pretilos de la ciudad, un abrazo de almizcle y sal corona el desencuentro. Dos soledades, orientan sus brújulas hacia caminos opuestos.

X

Primavera

Los árboles lloran la primavera y los barrenderos agotados limpian los alcorques de las aceras. La gata blanca descansa en un banco del parque y mira desde no se sabe qué siglo, parece

conforme con su soledad y su destino. Arqueología industrial en las rotondas, sudor y almas de hombres oxidados por el tiempo.

XI

Baluarte

Ahora, en mayo, ese gran Baluarte de piedra acoge ferias, conciertos, tirititeros y libros. Ayer, cuando el siglo XIX agonizaba de escarnio, sus paredes de mar y arenisca recogían a jóvenes malgastados y humillados en las maniguas coloniales. Malaria en el alma, rallas en el cuerpo, olvidados para siempre por las caricias y los sueños.

las dos cosas a la vez. Calle abajo camina el exboxeador sonado, con la gabardina mustia y la cara de Van Gogh, unos pasos más atrás su madre musita y escribe palabras en un cuaderno que apenas puede ver con su mirada azul. Exiliados en las calles y en los bancos de los parques, a veces se encuentran con Baudelaire alcoholizado y con el hombre enjuto de dientes desastrosos que aprovecha los descuidos de los adolescentes para besarles la mano en que tienen el reloj, con la excusa de mirar la hora, o con aquel otro que le tira piedras a la tarde. Mendigos de antaño y de hogaño. Notarios de los días y de las noches.

XIV

A Gabo

Gabo nuestro, que estás en Macondo, versificado sea tu nombre; venga a nosotros la magia y hágase la poesía en el Magdalena de nuestros sueños. Danos el cuento de cada día y alimenta las canciones como nosotros alimentamos el fuego de los versos; no nos dejes caer en alta mar y líbranos con tu literatura de una vejez con remordimiento.

XII

Papeles viejos

Casas, cosas, papeles viejos olvidados en los archivos y en los entresuelos del olvido. Nadie los quiere, pero cuando una mano les quita el polvo y les infunde primavera, legiones de córvidos sobrevuelan y calculan ávidos las rentas y los sexenios que conceden los ministerios.

XIII

Aquellos y estos mendigos

El Omar Sahrif de los mendigos estira los músculos y pide monedas en la puerta de la Parroquia. Las jóvenes estudiantes le dicen que con esos ojos debería hacer cine. Él sonríe y agradece más el piropo que la limosna. No muy lejos de allí, otro mendigo se maltrata la barba con un peine verde y hace malabarismos con el céntimo de la caridad cristiana, a ver si se creen ustedes que no se puede hacer

XV

Ory

Pretil de la Alameda. Modernismo y Postismo. Darío nunca se bajó del barco pero envió una paloma con un mensaje escrito en un papel azul: “*De Ory a Ory y tiro porque me Ory*”.

XVI

Samurai

El hombre con cáncer camina en el hospital enarbolando el gotero como un samurai en pie de guerra, parece que lucha contra la enfermedad, seguramente, pero cuando habla sólo emite sonidos guerreros que reclaman una dictadura militar. Mano de hierro, pero no contra el cáncer, sino contra demócratas y librepensadores, para vencerlos el cáncer es su escudo y el proyectil con el que ataca. Ahora con porte militar dirige sus posiciones al laboratorio para un nuevo recuento de linfocitos, después guerra sin cuartel a los enemigos de la patria.

XVII

A Julio Verne

Un asteroide. Veinte mil grados. Ni rastro de la Seguridad Social. Sólo gatos y calandrias en un islote del Pacífico.

XVIII

Abstract de "El general en su laberinto"

Ojos de perro azul sueñan la hidrofobia de clérigos perseguidores de almas y amores impuros. Sábanas ensopadas en las noches tropicales del Libertador. José Palacios aventando zancudos ebrios de cumbia y malaria. Los cigarros humeantes de Manuela cubriendo el rastro del Unificador. Sucre esperando la bala que lleva escrito su nombre. Pobladores con caras atigradas por la viruela y procesiones de fusilados clamando en los sueños de los caimanes. No quedan cubiertos de oro y plata para los comensales del Caribe, yacen bajo la tierra y en los vientres de los tiburones. Soltar la bilis en el mar y volver a San Mateo, pero acechan jaurías de malos

presagios, no quedan barcos ya para ir en busca de las enamoradas, solo una ventana abierta a la noche de diciembre y un río para navegar toda la eternidad.

XIX

A Julio Mariscal

El poeta desde la atalaya de su pueblo otea el vuelo del neblí, da esquinaldo al saludo burlón de los que siempre están en la verdad y cenan pavo en Navidad. El poeta da su clase de cada día a orillas del mar y luego enciende el cigarro de la tristeza porque no está la mano que "*era llave para el junco y la estrella*". No hay junco ni hay estrella, aunque tenga una luminosa estatua dedicada en sus calles, ahí sigue "*...como un toro ciego/corneando, furioso, inútilmente,/el muro de los prejuicios*". Solo, con su dolor, sobre todo cuando llega mayo al corral de muertos.

XX

La huerta

La huerta del hacedor de barcos y de sillas para los cines de verano estaba al sur del tiempo, oreada por el aire de la marisma; la luz del poniente entraba por un costado tornasolando la alberca, las higueras y la caseta del perro. El suelo de la carpintería blando de virutas y con olor a madera recién cortada. Afuera el albero impuro sembrado de piedras y la casa blanca de cal donde las lagartijas estampaban su letargo o su huida nerviosa del asedio de los niños. La huerta era un recinto murado, con una puerta de latón pintada de verde esperanza, cuando se abría era el paraíso sin tiempo, allí nada malo podía pasar, allí siempre las manos tranquilas del

hacedor de toneles que no se sabe cómo sobrevivió a la guerra y a las cárceles de la posguerra. Nada malo podía pasar entre las mazorcas de maíz, los mirlos y las tórtolas; aquel refugio del carpintero, del hortelano, era para siempre. Nada ni nadie podía acabar con aquel espacio de luz, nada salvo la muerte acechante, la excavadora y los especuladores inmobiliarios. Hoy donde la carpintería y la huerta, donde la puerta de latón verde, varios bloques de pisos ciegan la marisma y la luz del poniente. Ya no hay paraíso y sabemos que nosotros somos el tiempo.

XXI

Aquel patio

Esa soledad que hace de la vida un largo invierno. Esa soledad que no se sabe de dónde viene ni a dónde va. Esa soledad que quizás comenzó y terminó en aquel patio donde el verdín era frontera y ahora yace debajo de losas con andamios.

XXII

Gestores

Si los dioses existen tienen la obligación de librarnos de los gestores académicos, profesionales y culturales. Mutantes con agendas que programan la nada con la vanidad de los conferenciantes. Suena el teléfono, hoy toca un gestor cultural desesperado por cerrar sin coste la programación de otoño-invierno. Siempre hay un Centenario y un paraninfo en que conmemorarlo, a eso lo llaman Cultura. Frente a esa Cultura, con mayúscula, el cultivo y el huerto.

XXIII

Móviles

La noche es un bosque de manos con aparatos encendidos, no son faros para orientar a los navegantes, solo llevan a la inanidad de los motores que confunden la velocidad con la vida. La noche es esa luz y ese ruido que finalmente se traga el mar.

XXIV

Moneo

De diciembre a diciembre, de plazuela a plazuela, de San Miguel a Santiago, de Moneo a Moneo, de arrabal a arrabal. Viejo caudal de río eterno.

XXV

Golpe

Viento sidonio que golpea la cabeza con campanas de monjas. A pesar de ello abres la ventana y el corazón. A ver dónde está la estrella y la gorra azul.

XXVI

Flavio de Trebisonda

Eres pasado como Bizancio, donde fuiste impostor en el zoco de las vanidades; engañaste al Bósforo cada mañana, a todos mentías; tu aparente actividad servía para esconder la estulticia y la navaja plateada, que

pacientemente esperaba el momento de orillar en el hipocondrio de los mortales que habitaban en tu entrecejo. Eres pasado como Bizancio y por allí caminas cautivo de tus maquinaciones eternas.

XXVII

A Carmen Jodra Davó

Las moras agraces se derramaron en el carro Febeo. Te fuiste calladamente con lo impuro a las calles de la soledad. Negaste la fama literaria y el oropel mediático que conlleva, viviste entonces de verdad. Los organizadores de safaris culturales nunca entendieron que recitases los versos quedamente, tan sin voz. Nunca supieron que las moras de tu cesta serían para siempre ácidas como la verdad. Así fue como te diluiste en el olvido, hasta que llegó ese regalo perfectamente empaquetado con el lazo morado de la enfermedad. Y el final. Entonces los periódicos digitales se acordaron otra vez de tu nombre y de tu célebre Hiperión. Al día siguiente ha vuelto el anonimato, el silencio y el olvido que tú querías, pero siempre habrá algún letraherido que se demore y se rebele contra la vida leyendo tus versos agraces.

XXVIII

O sea, Carmen, en el amanecer ya sabías que la vida es una muerte anunciada y una violencia no consultada. “...*La vida nos deshace/la vida hoja por hoja*”.

XXIX

Nabokov

Aquel día muy temprano Nabokov fue a herborizar y a observar el vuelo de la mariposa rosicler. Paseante solitario como Rousseau esperó hasta que el grana del crepúsculo escribió sobre la sombra de su alma un poema a la memoria de su padre muerto. Sonó un tiro furtivo que venía mucho más allá de la memoria. A pesar del abrumador suceso al día siguiente jugó el partido de fútbol que tenía programado; cancerbero de sombras, vislumbraba como nadie los balones que venían del paraíso perdido, y todo ello sin la ayuda de su mal querido doctor Freud. “*You haven’t/change much since you died*”.

XXX

Patio

El patio era inmenso cuando la vida empezaba, fue menguando cuando la vida pasaba. La tierra húmeda que resbalaba fue cubierta por losas grises y ásperas. Cuando llegaron los arqueólogos excavaron en la noche y encontraron los restos de un naufragio, también algunos restos fósiles que conservaban como cápsulas en el tiempo el desamor y el desencuentro. El patio quedó para siempre oscuro, pequeño y desierto.

XXXI

Ruido

La boca como taladro que adultera la palabra. La palabra en la boca que ofende al silencio. El silencio mal herido, sin guarida, parece en el reino de los parloteadores compulsivos. Las palabras ya no acarician, no se susurran, no son el vehículo de la razón y del sentimiento, solo sirven para la metralla mediática y

para que los sofistas y desquiciados contemporáneos acaparen al prójimo con los panegíricos de sus ostentaciones o de sus proyectos subvencionados, o cobren dietas. Ruido solo ruido, no hay silencio. Tan solo un poco de silencio para pensar y poner cuatro ideas en orden y concierto. Un minuto de silencio por la muerte del pensamiento. Ruido solo ruido y palabras adulteradas que ofenden al silencio. Divino Harpócrates otórganos el don de tu rama de albérchigo.

XXXII

Silencio, por favor, que vuelva Simone Biles sin rozar siquiera un átomo del Universo. Vuelo eterno. Silencio.

XXXIII

Guzzi

La moto lenta en la memoria, casi parada en el tiempo. El espacio por el que circulaba persiste tozudamente, pero las capas de asfalto han cubierto el reguero de gasolina en el suelo. Afloran a la superficie las voces alborotadas de los niños que viendo al hombre y a la vieja máquina comprendían lo que no entendían en el colegio, aquello de que la velocidad es igual al espacio partido por el tiempo. Hoy en el espacio de la memoria aquella velocidad escolar ya no importa, no se mide en kilómetros y horas, importa la certeza de que el tiempo es efímero y que a veces no queda ni el recuerdo de la gente afanosa que en el mundo ha sido. Ante esto cada uno se consuela como puede, emborronando papeles, por ejemplo. La moto lenta en la memoria, casi parada en el tiempo.

XXXIV

Weston

“Agosto”. Los demonios de la familia Weston en la vieja casa. Chejov en Oklahoma.

XXXV

Viejos

Los viejos están detrás del cristal con miradas que preguntan cómo han llegado a esa pecera sin oxígeno. No tienen fuerzas para bracear, solo para mirar. Tanta guerra y tanta posguerra para qué. Al otro lado del cristal hay un parque con olmos, robles sedosos, acacias y adelfas. Detrás del parque está el mar con sus promesas de días felices, de veranos eternos y atardeceres que se abrazan en el poniente. Nada de eso ven ya, saben que la vida es un viaje raro que acaba detrás de un cristal y que cuando por fin lo rompan ahí estará el mar, ese otro mar que no conoce luz ni fatiga ni historias que contar.

XXXVI

Sobrevivir

Sobrevivir sin molestar al prójimo, con la pequeña ayuda de los paraísos artificiales, evitando la halitosis de los psicólogos que predicán eso de... “*interactúen, interactúen*”, como paradigma de la normalidad. ¿Qué es la normalidad? Suena una canción de Brassens: “*Mourons pour des idées, d'accord, mais de mort lente*”.

XXXVII

Ángel Roto

Ángel Roto vivió en Eritheia en los duros años de la posguerra, nunca tuvo cartilla de racionamiento y soñaba algunas noches de frío con los días felices con Arabella. Pocos quedan que tengan memoria de su casucha de madera en los callejones que daban al mar, tampoco de su abrigo gris pringoso ni del temblor alcohólico de sus manos. Algunos lo recuerdan contando aquello de cuando era feliz con su mujer. Eso y un vaso de vino malo de bache le bastaba para resistir los veranos y los inviernos. Murió solo en una cama de un hospital de aislamiento; en el libro de registro de defunciones de 1942 consta lacónicamente un dato: “Tifus exantemático”.

XXXVIII

Arabella

Arabella abandonó Eritheia en 1936, cuando sonaron los primeros tiros, hay quien dice que la vio en Agadir en 1940 vendiendo telas y perfumes de contrabando, pero esto es tan solo un rumor que nadie ha podido confirmar. En realidad nunca se supo de ella, quizás solo era un sueño étlico de Ángel Roto en el aguaducho del muelle.

XXXIX

El lotero y el mendigo hicieron buenas migas, hasta que jugaron a medias un número. Al día siguiente el lotero desapareció. Nadie en el barrio se explica cómo se rompió tan buena

amistad, algún mal pensado de vez en cuando esboza una teoría sobre lo sucedido.

XL

A Federico

Huye, luna, luna, luna, si llegara Donald Trump, no besarías más a Endimión dormido y haría con tu corazón tanques y muros blancos.

XLI

Pintada callejera: “*Te quiero con la curda ahora y siempre*”. No cabe la menor duda, he aquí una persona que no engaña a nadie, como diría Jonathan Swift no ejerce el arte de la mentira política.

XLII

Diógenes de Híspalis solía decir a sus discípulos en el arrabal del Betis:

- “*Rico en vidas ajenas, pobre en vida propia*”.

No muy lejos de ellos, Sorano de Atarayana, alertaba sobre la vanidad:

- “*De la adulación al desprecio solo media un suspiro*”.

XLIII

Proscenio

Cuando todo parece que está hecho, quizás sea bueno deconstruir para empezar de nuevo, muchos de los que te

rodean se pondrán nerviosos y seguirán reclamando tu antiguo papel en el prosenio.

XLIV

Ensoñación flamenca

El patio de butacas era para verlo, había flamencos de toda la provincia, incluido José de Morón, que como un Papa calé, poblado de rizos, colesterol y nicotina, presidió sin querer el evento. Cantó Serranito de Mairena que estuvo variado con soleares, martinete, bulerías y zambra, se estiró por tangos y alegrías, en los ritmos salineros y de estero fue donde más se notó la huella camaronera. Bailó descalza Adela Canego, levantando los brazos al cielo como una llama, señalando así la espiritualidad que mana de la sensatez de la tierra, en las bulerías se pasó la enagua por el gonadario, aunque no igualó en esto a las viejas gitanas de San Miguel y de Santiago. Hubo también un duelo de guitarristas, Ramón de Alcalá y Tomás de Paula, soberbios en solitario, pero cuando tocaron juntos firmaron la historia de un desencuentro. El violín sonó demasiado Paganini y no rozó la bulería. Acabado el contubernio, la parroquia, sin armar mucho ruido se fue disolviendo en la noche, el duende quedó flotando, tenue, burgués, insatisfecho, las almas de los gitanos muertos vagaban por Santa María sabiendo, desconsoladamente, que lo que vivieron ellos con sangre, vino rancio y hambre, no volverá al congreso de los vivos.

XLV

Libertad

El hombre construyó una barbacana alrededor de su casa, no para espantar a los lobos sino para los hombres que asedian los cantiles del invierno. Sólo libertad soñando.

XLVI

A Antonio Machado

En la vejez solo quiere sus ojos y sus besos; sueña, bendita ilusión, que tradujo sus ojos en Nisibis y en Gundishapur sus besos. A veces sueña que fue en Soria, otras en Segovia o en Madrid, y en ocasiones duda de que existieran esos besos y de que sus ojos le hayan recordado alguna vez a las noches de verano. Al despertar en Couillure comprueba que todo fue un sueño. “*De toda la memoria, sólo vale/el don preclaro de evocar los sueños*”.

XLVII

Falla

La misantropía de Manuel de Falla fue un regalo de música imperecedera para los hombres. Seguro que algunos de sus malévolos coetáneos dijo de él que era un músico despistado, que no estaba en el mundo real, o aquello de “...*tú ya sabes cómo es don Manuel*”, frase con la que parece que se dice mucho pero con la que en realidad no se dice nada. Falla estaba más que nadie con los pies en la vida y a la vez en las ensoñaciones atlánticas. No todos estaban capacitados para eso, sobre todo en una tierra que no entendió que la vida es breve y fuego fatuo. Ojalá hubieran existido en este solar calenturiento muchos misántropos como él, si así hubiera sido quizás no habría reventado en mil pedazos y hoy no estaríamos padeciendo la insensatez y

el fanatismo de los gusanos que lamen las cañerías.

deliberación. Aristóteles está más vivo que nunca.

XLVIII

Pla

Josep Pla decía que el hombre es un animal climático, un adjetivo que rima con hipocrático. No sé si hoy matizaría sus palabras teniendo en cuenta esa dictadura diaria del aire acondicionado y la tragedia de los incendios en la Amazonia, seguramente sí o no. Como no lo sabemos, y tampoco vamos a ponernos ucrónicos, puede ser un buen momento, en este agosto de humedad y fuego, para viajar a Palafrugell y releer “El cuaderno gris” y “La huida del tiempo”.

XLIX

Máximas

Las “Máximas” de François de la Rochefoucauld son cápsulas en el tiempo. Por ejemplo: “*On passe souvent de l’amour a l’ambition, mais on ne revient guère de la l’ambition a l’amour*”.

L

Aristóteles

Diego Gracia dialoga con Aristóteles: hechos, valores, deliberación, decisión. Hoy este método se utiliza poco en la ética y en la política, solo ruido mediático de tertulianos que saben de todo, es la consecuencia de que al Poder le interese solo la posverdad. Esto de deliberar está proscrito en la vida pública y en la privada, habrá que ejercitarse más en ello y por eso son tan necesarios los apólogos de la

LI

Calle Larga

El mendigo tenía un puesto fijo en la calle principal de la ciudad y un horario invariable de lunes a domingo, de 10 a 14 y de 17 a 20 horas, introduciendo pequeñas variantes según fuera verano o invierno. Su estampa formaba parte del mobiliario urbano. Llevaba ya tres años allí cumpliendo inexorablemente su labor mendicante. En esa misma calle vivía un inspector de Hacienda que lo observaba con la misma paciencia que el mendigo cumplía con su trabajo. Cuando pasaba cerca de él comprobaba que no solo recibía monedas, sino también ropas y alimentos. Un día el inspector esperó a que el mendigo recogiera sus bártulos y lo siguió. Vio como entraba en un bar y pedía el menú anunciado para la cena y como después tranquilamente paseó por la ciudad, tomó un café y se fue a dormir a la pensión donde vivía; para el inspector era la prueba definitiva de que el mendigo tenía una economía estable y suficiente. A primera hora del día siguiente lo abordó y se identificó como funcionario de la Hacienda Pública. La pregunta sonó irreal, en la luz limpia de aquella mañana, en los oídos del mendigo:

-¿Usted ha hecho las declaraciones a Hacienda en los últimos tres años? Como mínimo por lo que llevo observado lleva usted aquí pidiendo todo ese tiempo.

El mendigo atolondrado contestó que él no tenía ingresos que mal vivía con las limosnas que le daban. A lo que contestó el inspector:

-Que no son pocos, ya que recibe usted dinero y especies (alimentos, ropas, etc.); tiene techo, y almuerza y cena caliente todos los días. Es usted un ejemplo clarísimo de economía sumergida, no tengo más remedio que realizar una denuncia contra usted para que Hacienda revise sus ingresos de los últimos ejercicios económicos.

Seguidamente abrió su carpeta, sacó un impreso donde anotó el nombre y el DNI del atribulado mendigo, ahora convertido en sospechoso de haber defraudado al fisco. Redactó también una citación que le entregó en mano para que se presentara en la Delegación y se procediese de forma efectiva a una inspección en profundidad. Hecho esto, satisfecho y con el orgullo del deber cumplido, dirigió sus pasos a su oficina, no sin antes detenerse en la Parroquia de San Pedro a rezar un Padre Nuestro y dos Ave María, como era su costumbre. Al salir depositó una limosna en el cepillo de san Judas Tadeo, pidiendo fervientemente que le concedieran el ascenso que tenía solicitado. Su celo, sin duda, con una pequeña ayuda del santo patrón de lo imposible tendría su recompensa, sobre todo ahora que se había producido un cambio en el Gobierno.

LII

Seraphine

Seraphine de Senlis friega suelos, roba en la iglesia la cera de los cirios encendidos y en las cocinas la sangre del hígado de los corderos, inventa colores y

en pequeñas tablas pinta la luz y la sombra de flores imposibles; cuando está triste camina sola por el bosque, escucha a los pájaros y abraza a los árboles o habla con los ángeles y la Virgen. Vestida de novia la encerraron en el manicomio, no pintó más, lo único que no pudieron arrebatarle fue el idioma de los árboles. Todo lo demás se lo quitaron, ella en cambio dejó constelaciones de flores para aliviar la agonía de los hombres.

LIII

Diógenes de Híspalis solía decir a sus discípulos en el arrabal del Betis:

-“Cuando alguien te hace un favor inesperado o no pedido, prepárate porque pronto vendrá a cobrar su recompensa”.

No muy lejos de ellos, Sorano de Atarayana, alertaba sobre el poder:

-“Los que quieren mandar nunca van a parar”.

LIV

Señor Alcalde

En el Archivo Municipal de Bodegas está clasificado un expediente sobre prostitución de menores, fechado en agosto de 1946. Un padre desesperado, Sebastián Álamo Chantre, escribió una carta al alcalde de la ciudad sobre su hija Encarnación Álamo Tamarro, soltera, de 17 años de edad. Dice así la carta, de la cual respetamos escrupulosamente la ortografía:

“Selentísimo Señor Alcalde. Quiero que isiera V. el favor de recogerme a mi hija, por que yo no puedo tenerla en mi casa por que quiero meterla, por buen camino y ella quiere el malo, y no puedo tenerla en casa, por que yo tengo mas hijos chico, y las criaturas, todo lo aprende; asin que yo quisiera que se recogieran contra mas pronto mejor V. comprenderá que yo como padre siento mucho poner esta letra pero no tengo mas remedio, porque un dia se que boi a matarla, y quiero ante poner enmienda, queda de V. ...”.

El alcalde pidió informe a la policía sobre la joven para su ingreso en el Asilo de Oblatas del Santísimo Redentor de la ciudad de Bodegas. El 20 de agosto la inspección de los Servicios y Comandancia de la Guardia de Policía Urbana y Rural informó lo siguiente: *“...la expresada menor, observa muy mala conducta moral, ausentándose con frecuencia de su domicilio y ejerciendo la prostitución clandestinamente, cuyos extremos han sido comprobados”.*

La policía entregó a la menor en el mencionado Asilo de Oblatas el 22 de agosto, pero al día siguiente fue devuelta a su madre *“por haber visto en su cuerpo señales de enfermedades”.* El expediente no ofrece más información sobre el destino de Encarnación, quizás con la paciencia de la heurística y de las fuentes orales consigamos conocer el final de esta triste vida de posguerra. No todo el mundo, como se ve, nace bendecido.

LV

Los bloques

Durante años Mateo le dijo a su mujer, Luisa, que lo tenía amargado y

que cualquier día se iba a tirar al mar por los bloques. Los vecinos estaban acostumbrados a los gritos y se distraían mucho con el asunto. Finalmente esta amenaza no se cumplió ya que fue ella la que de madrugada se arrojó a las vías del tren. Los vecinos no daban crédito a lo ocurrido, a pesar de los gritos pensaban que eran felices, o al menos no más infelices que ellos. Fue tema de conservación de una temporada, pero pronto todos se olvidaron ya que la casa fue ocupada por una pareja insuperable que periódicamente recibía las visitas de la Guardia Civil. Sin duda, los nuevos eran mucho más distraídos que los antiguos inquilinos. Mateo se casó otra vez y siguió amenazando a su nueva esposa con tirarse por los bloques al mar, cuando la cosa se ponía muy tensa se iba a la Peña Recreativa donde tenía la mejor de las terapias posibles con las partidas de mus y dominó. Mateo nunca cumplió sus amenazas y murió de muerte natural, eso sí, en una casa cercana a los bloques y al mar.

LVI

A Javier Krahe

Es triste, es tétrico, someterlo todo al sistema oncogénico. Aunque en rigor es mejor saberlo todo del oncogén, nada de esto quiero saber. Es triste, es tétrico, ver como las aseguradoras harán su genagosto y que las familias vivirán con pasmado rostro. Mientras tanto, en rigor, será mejor regalarte una flor.

LVII

Helaitos, que riquitos son

La camisa blanca y la tez grana. El hombre del carro de los helados cruzó la

infancia de los pobres pedaleando, pedaleando bajo el sol de los veranos. ¿Cómo pudo tener un final tan atroz con aquel cuchillo de hielo que lo encontró? La camisa blanca y la tez grana. Cuando el rico helado se acabó, la infancia terminó.

LVIII

A Marcos Z.

Empujaste al director de la oficina y le llamaste cobarde, la cocaína sacaba fulgores azules de tus ojos. Aquel tipo se asustó y se escondió detrás de un expediente administrativo. Te salvó la campana, tu hija y un cambio de trabajo. Todo iba bien ordenando los amaneceres y los libros. Una mañana quedaste con los amigos para explorar las piedras y las salazones de Baelo. No apareciste y partimos sin ti, al atardecer supimos que Ícaro había volado por última vez en el cielo de Eritheia.

LIX

A Mónica R.

Aquello no era un fragmento de la 'Creación' de Miguel Ángel. Una de las manos era un noray firme todavía en las canteras de la vida. La otra mano, amarillenta por la cirrosis y el coma hepático, agonizaba y buscaba no despeñarse. Las dos manos se enlazaron un momento, luego se alejaron para siempre cada una en abismos diferentes.

LX

La strada

Zampanó abandonó a Gelsomina. Perdió lo mejor que tuvo en su vida.

¿Escuchas el solo de trompeta de Gelsomina? Qué bien suena. ¡Tócala otra vez, Gelsomina!

LXI

Vivir o el limbo

-¿Te acuerdas, Eloy, de cuando tú eras algo así como el Bukowski de Eritheia?

-Yo era más transgresor que Bukowski, joder, ¿quién había escrito o hablado aquí, en este pueblo, de drogas, porno, gais y lesbianas?

-En algún recital tuyo las sillas volaron por encima de las cabezas y al día siguiente todo el mundo se apartaba cuando pasaban cerca de ti.

-¡Fernando, no! Fernando se sentaba conmigo en una cafetería de la Calle Grande y me decía: "Aquí sentado los dos, que nos vean, a ver quién te sopla en un ojo". Bueno, me decía eso o algo parecido.

-Eran los tiempos de vivir o el limbo, ¿sigues pensando así?

-Ahora tengo los pulmones de aluminio, aquellos canutos me han destrozado los pulmones, pero todavía tengo fuerzas para la pelea. El médico, el muy cabrón, me ha dicho que no llego a Navidades, por mis muertos que llego más allá de enero y llevo a mi madre a Roma, tengo que llevar a mi madre a Roma, ¡qué cabronazo el médico!

LXII

Doc Boone

Aquel profesor de literatura tenía tres pasiones o quizás tres perdiciones, creo que rigurosamente por este orden: el coñac, el cine y la literatura. Cogía la tiza larga, solo con el índice y el pulgar de la mano derecha, siempre se rompía la tiza sobre la pizarra y su cuerpo inestable trastabillaba y se golpeaba. Hay que tener en cuenta que desayunaba en el bar de la Facultad como mínimo tres copas de coñac, a veces algunas más. Esto no le restaba lucidez, todavía se recuerdan sus clases memorables sobre Faulkner, Lowry y Valle Inclán. Pero lo que no olvidarán nunca sus alumnos fue aquel día que escribió con mano temblorosa en la pizarra: Doc Boone. Y dijo:

-¿Sabéis quién es Doc Boone?

Silencio en el aula.

-¿Ninguno de vosotros ha visto “La diligencia” de John Ford? ¿Nadie recuerda al personaje de Doc Boone?

Ninguno de los presentes respondió. Entonces recitó de memoria unas frases de su admirado personaje: “...Yo no solo soy filósofo, soy fatalista, señor, alguna vez en alguna parte habrá una buena bala o una mala botella esperándome,...que importa cuándo ni dónde, teniendo esta filosofía siempre corrí detrás del peligro”.

Dicho esto, el profesor de Literatura añadió:

-La clase ha terminado, señores, piensen en lo que les he dicho, yo me voy a tomar un coñac y voy a buscar el peligro, me voy a dormir, no saben ustedes las cosas tan terribles que sueño. Una cosa más: cuando tengan puestos de poder y vayan a machacar a alguien,

piensen ustedes un momento en Doc Boone, quizás cambien de opinión, si es así tómense un coñac a mi salud...bueno... esto es un decir, ya me comprenden.

LXIII

Ciencia ficción

Noticia de prensa (*El Cometa Posdigital*, 25 de enero de 2045). Paolo Mateini, neurocientífico italiano, ha publicado un artículo en el que afirma que el conectoma de los europeos otorga una mayor eficacia a las funciones del cerebro que el conectoma de los africanos que, según sus estudios, es notablemente inferior. Mateini considera que sus investigaciones pueden tener una gran repercusión en un futuro próximo, sobre todo en lo que se refiere al mejor conocimiento de las razas y a la clasificación laboral de los seres humanos. Algunas academias y universidades europeas han propuesto a Mateini para el Premio Nobel de Fisiología y Medicina. En cambio algunos científicos, liderados por el inglés Arnold Chaplin, han publicado en los tabloides británicos un artículo titulado “¿*Quo vadis, Europa?*”, en el cual manifiestan que estos estudios carecen de rigor científico y están plagados de profundos defectos metodológicos, a la vez que avisan de las consecuencias morales, sociales y políticas de estas ideas si arraigan en grupos racistas de Europa, China y América. Arnold Chaplin y los demás firmantes le piden a Mateini que no empañe la tradición neurocientífica italiana, representada en figuras tan señeras como Camilo Golgi y Rita Levi-Montalcini. Seguiremos informando.

LXIV

Ciudadano Kane

Charles Foster Kane. Castillo de Xanadu. Toda la vida acumulando arte, joyas, dinero y poder, manipulando. La vida se acaba, cajas sin abrir, objetos inertes sin sentido, y en la memoria agonizante una palabra: Rosebud. Al final, como dice el poeta, “*después de todo, todo ha sido nada*”.

LXV

La Muerte

La Muerte no perdona ni que estamos en primavera, resucita el azahar y se cobra una nueva presa. Insaciable, me espera en el recodo de la escalera, mientras me deja jugar un poco en la playa como un niño con la pala y la arena, cuando quiera vendrá y pisará sin piedad la sístole y el mar borrará mis huellas. Insaciable, Muerte, debes tener un problema, no te calmas nunca, nunca estás contenta, quizás tú misma anhelas acabar ya y morir en primavera. Deberías, Muerte, consultar a un psicoanalista, preferiblemente argentino, a ver si éste deja exangüe tu cuenta corriente.

LXVI

A J.R. y Zenobia

Aguedilla lleva claveles a Juan Ramón, bajo los chopos Marga toca su cara y esculpe en el aire una sombra, Zenobia espanta los ruidos de la casa y sienta a Tagore en el salón. Josefito Figuraciones mata al zaratan de Cinta Marín. Calle del sol, colina de los

chopos. El poeta, enfermo, sueña en Coral Gable que la luz con el tiempo dentro se fue con aquel cobre del río que todo lo envenenó.

LXVII

A Manolo y Mari

La paciente maceta en la terraza, orientada a poniente, la cinta métrica dispuesta para las mediciones del eje y las rotaciones, dictadas por la luz que entra por un pequeño ventanuco. La poyeta de la cocina llena de tubos, matraces y colorantes que buscan el azul anhelante de hematies y leucocitos. Los libros de Cajal y la película de la vida épica y lastimosa de Marie Curie en la mesa del salón. Entra la cinta de video en el aparato y comienza la mística de la ciencia y la epistemología de la fe. Cuando termina la ceremonia hay que volver al laboratorio de la cocina porque el azul todavía no tiñe con la pureza requerida a las estrellas que habitan en el cuerpo. Hay que hacer una prueba y otra prueba más, ahora intentará la número 239.

Alguien le dijo con mala fe:

-¡Usted siempre trabajando lo mismo!

Y él con voluntad de Quijote, que no busca dinero y sabe que en este país no existe la gloria científica, respondió sin que se le acelerase el ritmo cardíaco, a pesar de lo maltrecho que lo tenía:

-No, se equivoca usted, siempre estoy trabajando sobre lo mismo, que no es lo mismo.

Queda un poco de papel sobre la mesa y un buen rato antes de agotar el día, echa el lápiz y el cortaplumas a un lado, y con el pulgar prodigiosamente curvo hace

decenas de dobleces hasta que emerge la pajarita verde y blanca, el burro salinero o el milagro de una molécula de ADN, en ese momento piensa en Rosalind Franklin y se va a la cama a soñar con el mesénquima de Urtubey y las posibles variantes del azul eterno. Mientras, la planta en la terraza no duerme y él lo sabe, por eso durante la noche la sorprende con su cinta métrica para entender sus variaciones en lo oscuro.

LXVIII

Escribir

Escribir, ¿para qué? La respuesta la tiene Julio Ramón Ribeyro, comprendemos sólo cuando escribimos. Lo expresó así en *“Prosas apátridas”*: “Comprendí entonces que escribir, más que transmitir un conocimiento, es acceder a un conocimiento”. Eso es, o bien como dice Mario Vargas, buscar la verdad de las mentiras. Biombos y espejos.

LXIX

Los exilios

En el paraíso siempre hay alguien que se quiere apropiarse de todo. Mejor buscar entonces otro paraíso, y luego otro...y luego otro...y así hasta el último verano.

LXX

Aguafuerte de Eritheia

El escritor argentino Roberto Arlt, en 1935, visitó Eritheia y quedó fascinado por el Coro, labrado en madera, de la Catedral nueva; no entramos aquí en dilucidar si atribuyó correctamente la autoría de la obra, eso lo dejamos al

mejor saber de los eruditos; pero lo que más llamó la atención a este ágil prosista bonaerense, hombre de llanura y de calles anchas, fueron las casas cúbicas y la calles estrechas de la ciudad y la falta de luz, salvo cuando el sol estallaba en las plazas prodigiosas. Se informó de los indicadores del paro laboral en la ciudad, pero no consta que mirara las tasas de mortalidad infantil y la alta prevalencia de la tuberculosis, enfermedad a la que era muy sensible, habría quedado sin duda muy impresionado. Roberto Arlt deambuló por las calles, escuchó y miró con atención, como debe hacer un escritor, y quedó noqueado por la asociación de dos constelaciones que al parecer y por obligación deben vivir dándose la espalda, la pobreza y la alegría: *“Me explicaría semejante alegría en un pueblo donde la prosperidad estuviera en auge, pero aquí, (...), no la comprendo”*. Mendigos con tracoma y borrachos que cantan, y niños que bailan al compás de las palmas la bulería. Antes de irse de la ciudad un chiquillo le dice: *“Vaya usted con Dio, señó”*.

LXXI

A F. Kafka

Severo Ulloa nació en Celaña, en 1981; ayer por la noche era Biólogo evolutivo, esta mañana al despertarse había mutado en Parado patrio.

LXXII

Rosario Carlota

Rosario Carlota Artiles tenía 45 años, medía 1,59 y pesaba 143 kilos. Toda su vida fue de médico en médico y de dieta en dieta. Estaba redonda como una bola

y tenía problemas para caminar, había quien se apiadaba pero no faltaban los profesionales de la guasa, que tanto abundan por estos pagos. Rosario Carlota renunció a salir a la calle para evitar la compasión, las burlas, pero también por miedo a una caída o a que la atropellara un ciclista en los confusos carriles bici. Temía por las noches que su corazón se parase súbitamente, sobre todo cuando éste se ponía a tamborilear en su pecho con ritmos extraños. Todo el mundo pensaba que ese sería su final, que tendría una muerte dulce por una parada cardíaca súbita, nadie podía pensar que un 15 de agosto, festividad de la Asunción, agobiada por el calor saliese a su balcón del segundo piso donde vivía y que éste se hundiese y tuviera una muerte súbita por traumatismo craneo encefálico. No tuvo suerte en la vida, Rosario Carlota, ni siquiera al final encontró a un George Brassens que le escribiera una canción como la del pobre Martín, pobre miseria. Sí, en cambio, un vecino muy dotado al parecer de sensibilidad comentó a otro en el funeral:

-Menos mal que la gorda no ha lesionado a nadie en la caída, sólo hubiera faltado eso, además de morirse tendría que haber pagado los daños y perjuicios.

Lo último que sabemos es que los arquitectos municipales han precintado todo el bloque de viviendas decretando su estado ruinoso y por tanto no apto para habitarlo. Los vecinos han puesto las demandas judiciales correspondientes y cada familia recibirá una vivienda nueva a estrenar. Nadie se acuerda ya de Rosario Carlota. La vida.

LXXIII

Trepista

Trepa, trepador, trepista, no mires atrás trepador de cordilleras humanas, ya tienes puesto el pie en el Mulhacen que ambicionas; trepa, no mires atrás que allá sólo está el que ayer te dio la mano, ya para siempre abajo. Trepa, trepador, trepista, ahí muy cerca tienes otro incauto a tu alcance; adula, trepa y no mires atrás, nada queda que te importe allá abajo.

LXXIV

Leyendo a Ana Rosetti

Erato a la sombra de los narcisos y en los labios obstinados. La cúpula del gladiolo, sedienta de patios cerrados, vuela desde los secretos oscuros del altozano. La mano tiembla en el almizcle de los lirios impuros y la mirada zarca reposa en los campos tamizados de espigas que sueñan amapolas. Erato abre la nube y mira el beso de las bacantes, siempre ardientes en mayo y en noviembre, beso sembrado de luz dorada que silba en el crepúsculo del anhelado bosque. Erato nunca duerme, nunca descansa.

LXXV

O sea, Ana, que estos devaneos son eratismo y erotismo, goce carnal y humanismo.

LXXVI

Accidente

Ruido de cristales, heridas como labios, pero la vida continuó hasta el día de hoy, tan irreal lunes, en que esto escribo. Todo pudo terminar allí, cuando el sol calentaba los años setenta.

LXXVII

A Rafael Alberti

La tuna gatuna corteja a la gata de la plata, la gata levanta la pata y mea la plata, maúllan contentos los tunos y con la plata organizan eventos para adular a la gata, a la gata de la plata que levanta la pata y mea la plata, contentos los tunos con la gata y la plata.

LXXVIII

Leyendo a Svetlana Alexiévich

La voz de Liudmila suena como la de Antígona, busca a Vasili en los hospitales, esconde su embarazo para que no le impidan cuidar sus quemaduras. Ella, con la sabiduría y el amor de quien sabe que va a perderlo todo, y de quien sabe que la Ciencia no le va a dar nada, le pone el termómetro, lo incorpora, lo abraza, lo lava, le quita y le pone la cuña. A Liudmila le da igual el poder de los Creontes de su patria; le importa Vasili, le da igual que le digan que *“lo que tiene delante ya no es su marido sino un elemento radiactivo con un gran poder de contaminación”*. Sábanas de sangre y científicos fotografiando al moribundo para la Ciencia del porvenir, como si para

Liudmila quedara porvenir fuera de la cámara hiperbárica en que yace su joven marido. Vasili murió y lo pusieron en un ataúd de zinc, sin zapatos. Liudmila Ignatenko, como Antígona, recorrió la eternidad para llevárselos y que su alma descansara en paz.

LXXIX

A John Keats

La hemoptisis y las sangrías te dejaron exangüe y sin fuerza para la vida y para el arte. *“¿En dónde están los cantos de primavera? ¡Ay! ¿Dónde?”*. El último estertor en Roma, como un águila enferma que mira el cielo, pero tu nombre se lee en el agua del Tíber, en el mar y en las humildes lagunas. *“¡Oh, Pájaro inmortal, no es para ti la muerte!”*.

LXXX

My way

Le robaste la cartera a Liza Minnelli, New York, New York. Liberal y turbio, alcohol y Rat Pack. Las Vegas, nocturno de neón, lejos quedó el fraseo de Billy Holliday, pero el paso del tiempo y los desastres le sentaron bien a tu voz. ¿Qué te dolió más, Frank, el frío de Mogambo o el esquinazo de Jack? Jack, Jack, todo el mundo vota a Jack, aunque reconócelo Ronald Reagan tampoco te sentaba mal. Banda sonora sentimental de América, la de los derechos civiles y la de Vietnam, la ley del Imperio te dio cobertura mundial. Mejor escucharte, Frank, del esmoquin y de la faja mejor no hablar. Frío de Mogambo, extraños en la noche, de aquí a la eternidad.

LXXXI

A Evaristo Montaña

El tren avanza, desde la ventanilla se ve la Sierra de San Cristóbal, poco después aparece la antigua Azucarera con sus nidos de cigüeñas, en un santiamén estamos en la estación de Bodegas, ciudad de los presagios, en la que está el *aleph* y los sueños que hacen más entendible la vida, en una esquina de Angustias te puedes encontrar con los cuentos de un inconsciente, detén tu camino, viajero, escúchalos.

LXXXII

Abstract de “El sueño de la aldea Ding”

Los sueños empezaron a cumplirse para algunos, llegaron los yuanes, llegó el barrio nuevo, todo llegó como un maná redentor que anunciaba una prosperidad eterna, pero también llegó el lagarto de la fiebre que se metió en las entrañas de los aldeanos, el lagarto iba consumiendo cuerpos y llenando de pústulas la piel de los habitantes. En la aldea se olía cada vez más al sulfuro de los ladrillos y azulejos nuevos, pero todo sabía a sangre podrida y la gente tenía miedo, algunos se sentían culpables de haber alentado el comercio frotando una y otra vez los brazos pinchados con los mismos algodones que luego se comerían los perros, o pinchando y haciendo las extracciones con las mismas agujas y jeringas. Garrafones de sangre circulaban de noche en camiones

por la provincia de Henan para seguir alimentando la codicia de los especuladores, mientras que los aldeanos se iban debilitando más y más. El lagarto de la sangre se llamaba sida. Ma Xianglin se consumió, cuando tocaba y cantaba canciones tradicionales ante un auditorio que quizás con la música pretendía espantar los malos augurios que había traído la enfermedad. En la aldea de Ding “*los días se secaban como un cadáver bajo tierra*”.

LXXXIII

Cinema Brunete

Aquel niño de los sesenta ni pensaba que el nombre de Brunete pudiera tener relación con una Guerra Civil, ni siquiera había escuchado hablar de una guerra, pero en ocasiones sí percibía el miedo en la casa, en los padres y en los abuelos callados. A veces, un comentario ingenuo por la calle... *¡Mamá ahí va el coche de la carne!...* tenía una rápida respuesta... *¡Niño, cállate, ni se te ocurra decir eso...!* El niño se preguntaba por qué, si era verdad, el coche que pasaba delante de ellos era el del Matadero, pero no le daba más vueltas y a otra cosa más importante... *¿Vamos a ir hoy al cine Brunete?* Eso sí que era importante y no el coche de la carne. El cine Brunete era un cine de verano, la ilusión sin el tiempo dentro; encaladas de blanco las paredes, el color de las puertas verde, las carteleras que resumían las películas en paneles, un patio amplio que regaban antes de la función y una pantalla que al niño le parecía inmensa; el cine no tenía techo, alrededor se veían las casas de los vecinos, algunos aprovechaban para ver la función desde su ventana. El cine Brunete era el Cinema Paradiso de

nuestra infancia, Marisol, luminosa, alumbraba el mundo con su pelo rubio, con su caballo blanco y su espada de madera, qué tristeza cuando ponía fin en la pantalla y había que salir de nuevo a la calle, eso era el preludio de lo que Marisol y nosotros descubrimos con el tiempo...que el mundo no es en tecnicolor, con el tiempo aprendimos de que es verdad aquello de que para muchos el cine es un alto en el dolor de la vida.

-Mamá, ¿esta noche vamos al cine Brunete?

-No, hijo, esta noche toca el cine de las sábanas blancas.

LXXXIV

Los delfines

El hombre habría preferido medir el tiempo sembrando la tierra oscura y fresca, habría preferido sentir las estaciones acariciando el tronco de los árboles frutales, alegrándose con las floraciones, sintiendo en septiembre los racimos de uvas en sus manos, pero el azar y la necesidad lo llevó a vivir requemado por el sol en el mar de los mitos, donde nunca vio a Astarté; cuidaba boyas, alimentaba faros menores, peleaba con el levante, y a veces volvía contento a la casa con la música de los delfines que lo habían acompañado en la travesía, custodiando en su piel sin saberlo un nido de epitelomas.

LXXXV

La beca

La mujer sabía que sus hijos tenían que estudiar, a duras penas había

conquistado el jardín de las letras y el paraíso de los números, con eso era suficiente para no fallar nunca en las sumas y en las multiplicaciones, sus hijos tenían que estudiar, no sabía qué, pero tenían que estudiar. Leía los tabloncillos de los colegios, preguntaba, hasta que supo que existía un difunto filántropo, don Elías, que había dejado dinero para becas. La mujer, con el niño de la mano, como en una película del realismo italiano, cruzó toda Kotinoussa y llegó a Eritheia, en las oficinas con su ortografía y con sus números rellenó todos los impresos habidos y por haber, el milagro se hizo cuando en octubre el niño recibió en el colegio una bolsa de libros, lápices, reglas y cartabones, cada año no se sabe cómo se repetía el prodigio.

LXXXVI

El grito

La Bahía a las siete de la tarde, plácida, tranquila, un leve vientecillo de poniente que refresca y humedece la piel, algunas gaviotas apostadas en las farolas oteando no se sabe qué, otras planean con las alas extendidas sin esfuerzo aparente, los hibiscos proletarios y fuertes han resistido al verano, todo en armonía hasta que la puerta del Geriátrico se abre, una mujer sudamericana empuja una silla de rueda en la que habita un rostro desencajado y el grito desaforado de Edvard Munch, la tarde se congela, los hibiscos tiemblan y las gaviotas huyen de la Bahía hacia la banda del Océano, todo el mundo mira al suelo, nadie quiere ser testigo de que la vida injusta doblegue a las personas con tanta violencia.

LXXXVII

Montaigne

Si Michel de Montaigne entrara en un Geriátrico del siglo XXI, seguro que escribiría una prosa serena y llena de sensatez, como casi todas las suyas, y establecería comparación con esto que él mismo escribió sobre la vejez en el siglo XVI: “...sin embargo, supone un privilegio otorgado a pocos el que la vida dure hasta una edad avanzada, una excepción que la naturaleza concede como un favor particular a un solo individuo cada dos o tres siglos al evitarle las luchas y dificultades que se interponen en un recorrido tan dilatado”. El humanismo y la capacidad de observación de Montaigne le harían señalar la vida vegetal e inerte de muchos ancianos en los Geriátricos, presos de la caquexia, la demencia o la anquilosis, sin libertad para gobernar sus días, convertidos en espectros de Munch; a veces bien cuidados, sí, pero en muchas ocasiones estafados y sin música en el corazón.

LXXXVIII

Puzle de la obra de Anne Sexton. ¿Te atreves?

El vestido amarillo, el bolso blanco, el pie descalzo, la capilla en una alubia, de noche sola te desposas en la cama, Dios haraganea en el cielo, aparece Logos y ordena una estrella, el aborto, Hansel y Gretel, la mirada negra que no te gusta, cansada de los muertos, el Doctor Martin se pasea del desayuno a la locura, finges estar muerta, la cama eléctrica y los grilletes reservados en el hotel, las cuentas del teléfono, el suroeste de Capri, el noviembre de Oswald, la llave de oro, mi oficio son las palabras,

América, somos los almaceneros de la muerte, el tiempo se va borrando, en las librerías no estaba Dios, una rana de San Antonio es más importante para el campo que el Big Ben, los niños están muriendo en sus corralitos, piso seis mil, las estrellas, esqueletos de fuego, ruego al Señor que no me oiga, si los médicos matan lo oculta la tierra, el mes es tonto, yo estoy por la anfetamina del alma, lo Absurdo ríe, Calle de la Misericordia 45, no pegas con mi ropa ni con mis cigarrillos, desesperación, te llevaré en mi viaje, estoy tosiendo, estoy hilando en los labios, necesito un alambre fino y caliente, me he puesto una máscara para escribir mis últimas palabras, guantes de amianto, la tos me está llenando de negro, Míster Muerte...

Un Cougar rojo, un abrigo de piel, tres vodkas, tanta vida convertida en palabras, tanta belleza, Anne Gray Harvey, Anne Sexton.

LXXXIX

Odiseo, un marinero torpe

En un lugar del Egeo de cuyo nombre no quiere acordarse, Odiseo navegaba en un mar bravo con el más bravo de sus barcos; en pie en la cubierta, sin sujeción, se distrajo un momento al parecerle que escuchaba cantos de sirena, cayó y se lo tragó el mar, Atenea le tendió su larga mano y lo salvó del naufragio definitivo. Eso se llama tener suerte, la diosa tenía un buen día. Algunos años después de su vuelta a Ítaca, Odiseo necesitaba mar, en sus adentros anhelaba sirenas, cíclopes y

aventuras, la vida era muy aburrida, así que embarcó al amanecer cuando Pénélope dormía, no se conocía en el mundo griego una mujer más paciente que ella, pero todo tiene un límite. Odiseo dirigió la embarcación hacia las Columnas de un tal Heracles, a los cinco días de navegación Atenea lo vio leyendo un papiro, ajeno a las artes de la navegación, con su dedo la diosa agitó las aguas y el distraído Odiseo cayó al fondo del mar, allí lo tuvo varios días hasta que se acordó nuevamente de él, lo sacó y lo resucitó con un poco de aire del Olimpo, definitivamente se puede afirmar que Odiseo era un hombre con mucha suerte y que no era tan habilidoso navegante como escribió al parecer un tal Homero; no todos los mortales tienen la fortuna de que Afrodita les salve dos veces la vida, seguramente la altiva diosa mirará para otro lado si el suceso se repite por tercera vez, demasiada benevolencia ha tenido ya con un marinero tan torpe y tan infiel.

Otra bonita historia, complementaria de la anterior, podría ser que cuando retornó Odiseo a Ítaca, encontró que Pénélope le había dejado las llaves de la casa a Telémaco, diciéndole... *¡Espera tú a tu padre, si quieres, y le dices que elija amante entre todos estos novios que me cortejan!*

XC

El Emir le dijo a Omar:

-Estoy cansado de los que siempre quieren tener un cargo burocrático en Palacio.

Omar le dijo al Emir:

-Eso no es lo peor, presérvate de aquellos que asocian sus alianzas desde diferentes ámbitos.

El Emir le dijo a Omar:

-¿Y cómo lo hago?

Omar le dijo al Emir:

-No sé qué decirte, son los más difíciles de neutralizar, son proteicos, se reinventan constantemente y son insaciables, siempre estarán ahí con un cargo, de una manera o de otra. ¡Que Alá te proteja de ellos!

XCI

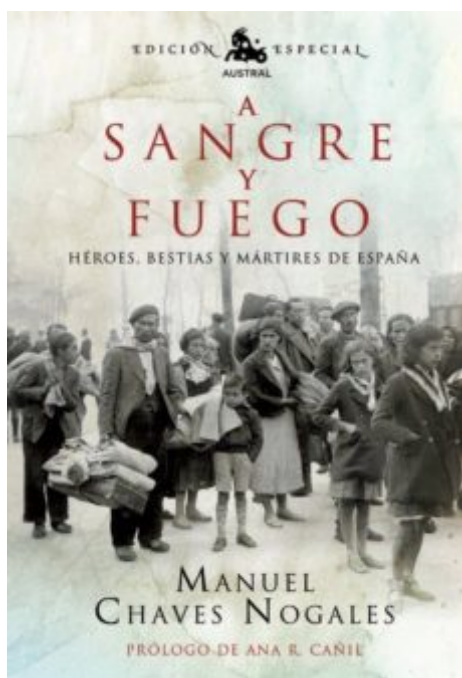
Las pastillas rosas

En los años sesenta y setenta, Angustias pasó los peores días de su vida, un marido ausente, embarcado, que volvía a casa una semana al año, dos hijos insufribles que la traían por la calle de la amargura, una familia política que constantemente le pedía dinero para llegar a fin de mes, pero si todo esto parece poco lo peor era la jaqueca eterna y el insomnio. Vivía en una ciudad solar frente al mar, así que tan poderosa luz le agravaba el dolor de cabeza. Menos mal que tenía el anís y las píldoras para sobrellevar tan perra vida, Angustias no se quería ni acordar del día que se le desparramó en el suelo del mercado el frasco de Optalidón, san Optalidón lo llamaba ella, todo el mundo se reía al verla gatear por el suelo buscando sus pastillas rosas, mascullando... *“son 17 pastillas, 17 pastillas, las que me quedaban”*. Recuperó 12 y desistió de buscar el resto, vete a saber si algún listo no se las había birlado. Como pudo se recompuso y volvió a casa, comprobó que no tenía anís y sin dudarlo dos veces cogió el tarro de colonia y tomó un trago considerable, acto seguido se tomó dos de las pastillas milagrosas, esas que no le podían faltar porque si no se ponía como una loca. De pronto se acordó que de

aquí a unos días tendría la menstruación con sus terribles espasmos abdominales y que el Optalidón para eso no le servía si no se tomaba otra medicina, sin dudarlos dos veces se puso su abrigo color café con leche y se fue al médico de cabecera:

-Don Javier, por favor, recéteme el Bellergal y de camino más Optalidón, usted sí que me entiende, don Javier, usted sí que me entiende.

De camino a casa, pasó por la farmacia y en el almacén de siempre pidió al chico una botella de “Anís del Mono”, con tan preciado botín se encerró en casa y pensó “...*hoy los niños se van a comer las lentejas de ayer*”. Se acostó, con la botella de anís en la mesilla de noche, se tomó dos pastillas rosas, apagó la luz y respiró profundamente.



XCII

Leyendo a Manuel Chaves Nogales

Tísicos que huyen del Sanatorio, otros se quedan porque no pueden con su alma y esperan las balas del enemigo porque la muerte tiene una habitación en

sus pechos y no abre la puerta, la muerte está atrincherada en sus entrañas, más vale un tiro certero que acabe de una vez con el bacilo de Koch. La guerra en un Sanatorio antituberculoso, entre rojos y azules, entre fascistas y antifascistas, entre falangistas, comunistas y anarquistas, es la metáfora cruel de la gangrena que devoró a Celaña. Hoy no faltan guerreros que invocan el aquelarre, esperemos que de las palabras no se pase a la sangre y al fuego.

XCIII

Tórtola

Una tórtola muerta en el jardín, la gaviota inmisericorde la ha partido en dos, luego ni la ha tocado, ejércitos de hormigas voladoras preparan el cortejo fúnebre. ¿Esto qué es equilibrio ecológico o violencia universal?

XCIV

Parque

Un nuevo parque canino en la ciudad, mirador sin igual para estudiar la conducta humana, no todo va a ser internet y las redes sociales. Alrededor del canódromo los podocarpos cursis resisten al levante y lo que le echen, veremos lo que dura el nuevo recinto municipal.

XCV

Diógenes Pasón

Mefistófeles caminaba por el paseo marítimo de Agadir, buscaba a algún incauto al que seducir con sus maléficas

propuestas. No tardó en plantarse delante de Diógenes Pasón, que tranquilamente se tomaba una cerveza helada en la terraza del bar “Miramar”. Mefistófeles se acercó a Diógenes y dijo:

-Señor, soy Mefistófeles, debe conocerme usted si ha leído la obra de Goethe o la de Thomas Mann. Verá, quiero plantearle algo que seguro le va a interesar. Puedo hacer que usted domine todos los saberes y conocimientos del mundo conocido y también del que no se conoce aún. ¿Qué le parece?

Diógenes Pasón, con el dedo índice de su mano derecha, se puso las gafas de sol en la punta de la nariz y miró con displicencia al personaje que le tapaba el mar, luego tomó un largo trago de su jarra de cerveza y dijo:

-Mire, señor Mefistófeles, no sé quién es Goethe ni quién es Thomas Mann, yo lo que quiero es no saber nada de nada.

-¿Pero algo querrá usted saber, hombre?

-¡Nada!

-¿Nada?

-¡Nada de nada!

-Mire, puedo satisfacer también ese deseo suyo, usted no sabrá nada de nada, pero a cambio tendrá que entregarme su alma.

-No se moleste, señor Mefistófeles, que Diógenes Pasón con su generosidad habitual le regala a usted su alma a cambio de nada.

Mefistófeles, sorprendido, hizo ademán de marcharse y no molestar más a este hombre tan tozudo y esquivo; pero cuando iba a intentarlo de nuevo, Diógenes rápidamente le indicó:

-Nada de nada, señor, no quiero saber nada de nada, ni de lo conocido ni de lo desconocido.

-Pero...

-Nada de nada, joder, acabo de regalarle la Enciclopedia Larousse a mi vecino Fausto López que quiere saber todo de nada, yo como le he dicho no quiero saber nada de nada.

Diógenes Pasón se ajustó la gafa de sol y continuó degustando plácidamente su cerveza, Mefistófeles siguió caminando por el paseo marítimo de Agadir con cara de no entender nada. Nada.

XCVI

The wall

En San Diego, un hombre alambicado de dinero, ha firmado en el Muro con pluma de grueso trazo negro, como un oso hinchado con abrigo nuevo. Hombre ufano, congestionado, corbata grana, abrigo nuevo, sonrisa de cirujano plástico, algún día llegará en que el Muro, como un iceberg, se rompa en San Diego en pedazos.

XCVII

Barra libre

Pepe Capellán abría el bar a las siete de la mañana, no como industrial sino como cliente. Era un hombre a un vaso pegado y, todo hay que decirlo, siempre llevaba consigo un libro de poemas de Ángel González. Alcohol y palabras en la guarida. A Pepe Capellán nunca nadie le dijo borracho; trastabillaba un poco, eso sí, y recitaba los poemas con voz lenta y pastosa, pero cuando leía todo el alboroto alrededor cesaba. En sus

últimas voluntades dejó escritas tres cosas para el día de su entierro: primero, que nadie llorase; segundo, que alguien recitara los poemas de su poeta de guardia; y, por último, barra libre para todos. Lo dejó todo bien organizado, pagó hasta la última copa. Inolvidable funeral; tus amigos, Pepe Capellán, como se suele decir, nunca te olvidan, y de vez en cuando ante tu tumba beben y recitan versos:

“...esto que veis aquí,

tan sólo esto:

*un escombros tenaz, que se resiste
a su ruina, que lucha contra el viento,
que avanza por caminos que no llevan
a ningún sitio. El éxito
de todos los fracasos. La enloquecida
fuerza del desaliento...
Aquí, Madrid, mil novecientos
cincuenta y cuatro: un hombre solo”.*

XCVIII

El perseguidor (Variaciones)

Johnny Carter le dijo a Julio Cortázar en su habitación oscura de Saint-Germain-des-Prés:

-Esto, Julio, lo toqué mañana y tú vas a escribir hoy la crónica. No te digo que no la escribas, pero hazlo mejor el mes pasado.

-Escribiré hoy entonces sobre Charlie Parker -replicó Julio-.

-Bueno, eso está bien, él sabe igual que yo que en el metro se puede vivir un cuarto de hora en un minuto y medio. De mí, Julio, escribe el mes pasado, por

favor, así lo leo cuando me lleven al hospital psiquiátrico de Bellevue.

-De acuerdo, Johnny, aunque como Bartleby preferiría no hacerlo.

-¿Ese Bartleby es un personaje de Dylan Thomas? Por cierto, Julio, la marquesa me ha comprado un saxo, pero lo perdí mañana en el metro.

-Bueno, Johnny, ya conseguirás otro ayer, seguro. A ver si tú y Charlie os animáis y algún día tocáis juntos, eso sería la cima del bebop.

-Sí, pero eso no podrá ser hasta el jueves pasado en Londres.

-Me lo perderé entonces porque no sé si estaré o estuve el jueves en New York, de cualquier manera me lo perderé, menudos Cronopios estáis hecho Charlie y tú.

-Oye, Julio, ¿tienes por ahí un poco de coñac y de marihuana?...si no tomo algo no podré tocar el lunes pasado...Qué misterio el tiempo, Julio, donde mejor se entiende el tiempo es en el metro. ¿No lo crees así, Julio?

XCIX

Mutisia

En la calle que empieza en el corazón de una plaza y termina en el mar, un brocal guarda la voz de un niño, fanal que alumbró las estrellas de América, los árboles de la selva y las pizarras de las escuelas, allí donde empieza el sur las aguas de un pozo discurren bajo los pies de vidas malheridas y custodian como un tesoro, para que no se olviden los hombres, los ecos de la Ilustración.

Cultura de los Cuidados

Azul y nieve

El colibrí de Rubén voló en el cielo, pobló de luz azul a los árboles en otoño; Martí vistió de blanco las nevadas de Nueva York; princesas y niños sin colegio, parques dorados y bosques sensitivos, dos vidas y muertes propias, consulado y revolución, vuela el verso y camina la prosa en el cielo y en el suelo de Celaña; Rubén y Martí, soles de alcohol y pólvora, azul y blanco galopan en el corazón del idioma.

CI

Jaulas, gallinas y algo más

Colgaban de las paredes jaulas de pájaros vacías y las gallinas caminaban a su albedrío en el arenal del patio. Una mujer, de unos cincuenta años, gritaba que no podía más con las locuras de su marido. El hombre de pie en la cama, como un Quijote argónido, deliraba de celos y señalaba en diferentes puntos de la habitación a los espectros de los amantes de su mujer.

-¡Mire, mire, doctor, cómo esos hombres y mi mujer se ríen de mí, todos los días se acuestan en mi cama!

Las gallinas, indiferentes a la algarabía, picaban los zapatos del médico, que preparaba el medicamento para calmar la agitación del enfermo.

-¡Eso, eso, doctor, póngame la inyección que le han pagado mi mujer y sus queridos para llevar a cabo sus planes!

Administrado el medicamento, no sin dificultades, el hombre descansó de su agónica desazón, rodeado de jaulas de pájaros vacías, una mujer sin consuelo y unas gallinas infatigables que se entretenían ahora picoteando las paredes

de la habitación, acostumbradas como estaban a los acontecimientos de aquella casa.

CII

Tiberia Cayo

Tiberia Cayo lo tenía todo en la vida, incluida la materia venenosa de la áspid egipcia, cada vez que segregaba la concentrada sustancia otorgaba al prójimo la indigencia de pertenecer a la especie humana, cuando caminaba parecía que pisaba nubes olímpicas y que solo desprendía perfumes dignos de Afrodita; era, perfecta, sin duda, sólo tenía la pena de que los dioses la retuvieran con una grey que no la veneraba y que no la temía a pesar de la sustancia venenosa que segregaba.

CIII

El asno pelirrojo

Apuleyo nació en Madaura, al menos eso dicen los eruditos. Lucio, mercader de Corinto, asno pelirrojo, olió rosas de Celaña, soñó entonces una historia que bien pudo pasarle a Sorano de Tales o a Tales de Sorano, algo así como que las coníferas encriptan la humedad del deseo y el misterio de la luz dora las escáfulas, mayo abrió la puerta de la cueva de los vientos.

CIV

Diógenes de Híspalis solía decir a sus discípulos en el arrabal del Betis:

-“*Caridad pregonada, vanidad manifestada*”.

No muy lejos de ellos, Sorano de Atarayana, alertaba sobre otra cuestión:

- “*Proselitismo encendido, pensamiento huido*”.

CV

Clío

Cliófilo, sí; pero, no todo el tiempo. Clioherido, sí; pero sin que llegue la sangre al río. Cliófobo, no; pero, sí algún rato que otro.

CVI

Los confesionarios en las iglesias están casi vacíos, hoy las absoluciones con intereses al 10% las dan los cajeros automáticos. *Ora pro bankia*.

CVII

El desempatizador

Zelig Martínez estaba enfermo de empatía y algunos abusadores le tenían cogida la medida cuando querían explayar su ego, unos lo asaltaban en los rellanos de las escaleras contándole sus problemas familiares o laborales, otros le ofrecían llevarlo en coche a su casa y el viaje que era de diez minutos podía durar de dos a tres horas, mientras el abusador hablaba y hablaba de sus megaproyectos y de los éxitos profesionales que tan justamente venía consiguiendo. Algunos amigos, preocupados por Zelig, tomaron una medida drástica para terminar de una vez por todas con esta situación tan anómala que tenía al hombre anulado y sin vida. Ni más ni menos, pidieron hora a un famoso desempatizador vienés, el doctor Ristob, que pasaba consulta en la calle Berggasse, la misma en la que Freud vivió durante muchos años y que tuvo que dejar para partir al exilio

londinense. Estos amigos corrieron con todos los gastos, incluso le buscaron alojamiento en el Hotel Sacher, junto a la Ópera, para que estuviera lo más cómodo posible. El doctor Ristob, durante un mes no tuvo compasión y sometió a Zelig a una terapia verbal basada en el insulto y en técnicas de relación personal que buscaban enfrentar al pobre hombre con la realidad y de camino reforzar su autoestima. A las cuatro semanas, Zelig se curó cuando de forma inesperada ante tanto insulto envió al doctor Ristob a la mierda, cosa que llenó de satisfacción al médico vienés que inmediatamente le dio el alta definitiva. Santa medicina, Zelig, a partir de ese momento, en su entorno habitual no pasaba una y ante esos abusadores que habitualmente lo machacaban con sus problemas y egos, aplicaba la técnica aprendida de señalar a su interlocutor la parte de culpa que tenía en sus problemas familiares o laborales, o bien situaba a la altura del betún los megaproyectos profesionales que le contaban. Zelig entonces fue un hombre libre, sin tener que esforzarse en absoluto, ya que los abusadores cuando lo veían venir lo evitaban y le daban esquinazo. Una vida nueva, gracias a los buenos amigos, pocos, y a las radicales terapias verbales del doctor Ristob, que por cierto no utilizaba sofá como Freud para los pacientes, sino un banco duro y pequeño que al poco tiempo de estar sentado hacía que las personas sintieran calambres y hormigueos a la altura de las tuberosidades isquiáticas.

CVIII

A P.B.A.

La luz de la Argónida al alba plateaba la banda del río, un hombre como cada día encendió las luces de la oficina, dejó

todo preparado para cuando llegaran sus compañeros, luego colgó su vida de una cuerda y se perdió para siempre en el paraíso de los lince y en la desmemoria de los hombres.

CIX

La pajarera y el peral

La pajarera inmensa, de unos tres metros, en el centro del patio blanco, condecorado de enredaderas de hiedra verde y macetones con claveles y geranios rojos; la jaula del antiguo convento, vacía desde hace mucho tiempo, contiene las pesadillas de las aves que perdieron el paraíso y que allí habitaron su cautiverio. Los monjes, un buen día, se encontraron con Mendizábal y se dispersaron por el mundo, algunos quizás cruzaron el Océano. Donde hubo monjes ayer, hoy viven vecinos que crían niños de pecho, una anciana dice que en el huerto del convento está el peral, que ya tiene cumplido algunos años, quizás cientos; es el único testigo de lo que pasó con los pájaros encerrados y con los monjes emigrados; lo que ocurre, dice la anciana, es que nadie entiende el idioma del vetusto árbol, que sigue dando frutos y alimenta a los niños que juegan a su sombra, alegrando el huerto.

CX

Prensa

En la redacción de *The Washinton Post*, en la época del Watergate, los periodistas tenían una frase rotulada en la pared, algo así como que “*La prensa es*

el borrador de la historia”. Esto es cierto, pero el lector de periódicos sabe que hay que tamizar el grano de la paja, que hay desmigalar la información y diferenciarla de la propaganda, gubernamental o de las personas lucidoras de chapa, que con un ego desmedido tratan también de sembrar el rastro de lo que ellos consideran debe ser su biografía oficial cuando estén en el más allá; también ese lector avisado sabe que un periódico no enseña todo lo que sucede, que oculta más de lo que enseña, y que es por tanto un pálido reflejo de la época, reflejo que hay que comparar con la luz de otras fuentes documentales para aproximarse en algo a lo que pudo suceder. A pesar de todo lo dicho, la costumbre de revisar periódicos antiguos es una tarea preventiva, una excelente vacuna contra la vanidad, pues avisa de lo pasajera que es la vida, tanto la de los que no tienen dinero para pagar las esquelas mortuorias, como las de aquellos que sí lo tienen y además poseen apellidos larguísimos y compuestos, que enmarcan con una greca negra para dejar testimonio de que han muerto y que han sido muy importantes; igual sucede con la gloria efímera de los conferenciantes que en las tardes provincianas o capitalinas ofrecen su sabiduría prescindible y perecedera, que consignada queda en una breve reseña del periódico; o los poetas de ripio y lustre que asoman su pregón cada primavera, emboscado en versos resonantes y sonoros, o los que acaparan fotos que luego la celulosa envejecida se encarga de amarillear o ennegrecer hasta hacer irreconocibles a tan nobles e insaciables patricios. Es cierto, la prensa no es la historia, es solo el borrador de la historia; pero un periódico antiguo, de más o menos años, es el mejor avisador de que la vanidad es una pompa de jabón que explota

enseguida en el aire, ilusión efímera del medrador que se consideró importante. *Sic transit gloria mundi.*

CXI

Dedicatoria

Otra vacuna contra la vanidad, especialmente para los que han publicado y dedicado libros, es hurgar en las entrañas de una librería de lance, allí encontrarán libros dormidos que contienen dedicatorias recientes de autores a grandes amigos del alma, de esos que darían media vida por ti. No hace mucho tiempo, en una de estas añejas librerías encontré un libro de un autor conocido con una dedicatoria a una entrañable amiga, dice así: “*A mi querida amiga María del Pilar que domina la lengua de Schakespeare mejor que yo. Espero que te guste esta novela, que en alguna página esconde algo tuyo, seguro que sabrás encontrarlo*”. Curiosamente, hace pocos días me crucé en la calle con María del Pilar y me contó que ha limpiado su biblioteca de todo lo irrelevante, ahora estudia el idioma ruso y ha dejado espacio en los anaqueles para Tolstoi, Gogol, Chéjov, Gorki, Dostoievski y los libros de gramática. Estuve por preguntarle por la novela de su amigo, pero la prudencia me aconsejó no hacerlo. De todo esto se puede deducir lo siguiente: libro dedicado, destino asegurado.

CXII

Mark Twain

El humo de la pipa de Mark Twain dibuja en el aire una erre y se convierte en su pluma cuando escribe en humor.

Vasos comunicantes, pipa y pluma. Pluma, pipa y un poco de tos.

CXIII

Don Zenón

El éxito era ganar mucho dinero en el Perú, al menos así se decía en esa época, y volver a Celaña para que te sacara lustre en los zapatos un limpiabotas en la terraza de la cafetería más pública del pueblo, “La Zenontina”, por ejemplo; el lustrador del betún, una vez acabada la tarea, preguntaba:

-¿Le traigo la lotería, don Zenón?

Y don Zenón, inclinando afirmativamente la cabeza y mirando al trasluz la copa de vino fino, sentía que daba en la cara a todo el pueblo y a sus ancestros. Don Zenón, había triunfado en la vida, o al menos eso creía.

CXIV

Reading

Óscar Wilde, con displicencia dandi, convierte en humor el aburrimiento y la hipocresía de los burgoaristócratas, con y sin dinero. Lo pagó caro. Ernesto en Reading.

CXV

Libelo

Libelo, sin mano; Libelo, sin rostro; cobra dietas de guardián oscuro en las cloacas del Castillo para dar muerte al hombre que va por el sendero; calladamente, huye a la sombra; desde lejos ve como mata el veneno, consumada la obra sale a la luz con coturnos de hombre bueno. Libelo tiene,

sin duda, reservado lugar en el Cielo, coturnos de hombre sentimental y bueno, con las dietas de guardián oscuro da limosna y guarda ahorros en el marmóreo cofre del Castillo. Libelo, sin duda, tiene reservado lugar en el Cielo.

CXVI

Sostiene Pereira

Pereira se baja del tren y se encamina hacia la playa, se enfunda un infame bañador y temerariamente comienza a nadar en el agua fría, a pesar de que se lo tiene prohibido el cardiólogo. Al salir del mar nace un nuevo Pereira, el que después de hablar con el doctor Cardoso y el padre Antonio, y otros acontecimientos, será capaz de tomar decisiones arriesgadas que dan nuevo aliento a su vida póstuma y amortizada, esto no quiere decir que el bueno de Pereira fuera capaz de cambiar sus hábitos dietéticos, aunque de vez en cuando en este sentido al hombre no le falta buena voluntad. Qué dolor de Régimen, sostiene Pereira.

CXVII

Un gallo castizo

La prensa de la ciudad de Bodegas, mes de junio de 1942, ofrece noticias sobre las excelencias del Régimen y del Auxilio Social; pero, lo que son las cosas, también dedica un curioso recuadro a la muerte del Gallo Perico, que Dios tenga en su Gloria; amado pollo que en la plaza de toros de Mañorosa, en el tendido 5, cuando toreaba el diestro José Luis Gómez “El Estudiante”, pasó a mejor vida por insolación o por intoxicación etílica, circunstancias que no sabemos si pudieron determinar los forenses de la época en la autopsia. Al parecer un bodegano, anónimo, escribió

unas letrillas para que fueran cantadas y jaleadas por rumbas o bulerías, a la mayor gloria de pollo tan ilustre, después de arduas investigaciones la hemos encontrado en el cajón de un puesto que llevaba muchos años cerrado en el Mercado de Abastos de la citada localidad. Dice así:

Pobre Perico,

gallo Perico,

muerto

cuando mojaba el pico.

Pobre Perico,

gallo Perico,

en Mañorosa,

en la barrera del cinco,

de calor,

cuando mojaba el pico.

Pobre gallo,

pobre Perico,

de calor,

cuando mojaba el pico,

el pico, el pico, el pico...

el gallo, el gallo, el gallo...

Perico, Perico, Perico...

Cada tarde en Bodegas, como decía el poeta, se moría un niño; pero claro está no todos los días se moría un gallo tan castizo.

CXVIII

Jardín

En el jardín de Dante cerrado, donde habita el sexo sin culpa, libérrimo jardín que los guardianes cierran a cal y canto,

con el cartel de pecado, el guardián mayor ha perdido la llave y donde ponía pecado ahora pone gozo y goce, entrar sin cuidado.

CXIX

Séptima planta

Luis Montiel me contó que a Giuseppe Corte, en una mañana de marzo, lo ingresaron en la séptima planta de un sanatorio, destinada a los casos más leves; el que avisa no es traidor, ingresas en la última planta y acabas por error en la unidad de los moribundos. Giuseppe Corte “...miró el reloj (...). Eran las tres y media. Volvió la cabeza al otro lado, y vio que las persianas mecánicas, obedeciendo a algún misterioso mando, bajaban lentamente, cerrando el paso de la luz”. A Luis Montiel se lo contó Dino Buzzati.

CXX

Balada

El corazón es un cazador solitario que escucha una balada en un café nocturno; allí está Carson McCullers, experta en locuras y en manías de gentes llegadas del fondo de la noche.

CXXI

Anónimo veneciano

El hombre hizo un cóctel de datura y dedalera, y quedó para siempre preso en “San Servolo”, célebre manicomio de Venecia.

CXXII

Losa

La larga noche de los mil días sigue pesando como una losa de mil kilos en la conciencia de los celañones. *Kyrie eleison.*

CXXIII

A Persiles de Kartápolis

Persiles bajaba a la calle con la peseta materna y la toalla en la mano para comprar el hielo, ese hielo duro y blanco que roto a trozos conservaba como podía los alimentos en neveras amarillentas y de bisagras oxidadas. En los días de amígdalas y fiebre sacaba la caja de cartón de los tebeos, siempre los mismos, pero en cada postración sin colegio parecía que contenían historias nunca leídas. Luego se pobló la casa con los ruidos y luces de un artefacto con carta de ajuste que solo entendía ese hombre sabio que siempre venía por las tardes a orientar las veletas de las azoteas, a lo justo para escuchar los tiros virginianos y ver las colisiones submarinas. Pero la calle tiraba del niño Persiles, solitario, buscador temprano de muelles, de barcos, de marineros tristes con anises peleones en el aliento. Luego, de vuelta a casa, el niño miraba las estrellas detrás de los visillos y escuchaba las voces de los vecinos que codificaban su destino entre los cacharros de las cocinas y las luces de los patios. Así nació el poeta Persiles, en una Kartápolis de piteras ardientes, luces doradas, iglesias ultramarinas, edificios oficiales de navegantes y barcos de toda índole, algunos con no muy buenas intenciones. Así se le cortaron los labios al poeta, con los vientos mediterráneos y los soles eternos de ítaacas perdidas tierra adentro.

CXXIV

Sandalio y Beatriz

En la ciudad de Portosanto vivía en los años sesenta Sandalio, un rentista cincuentón, que mucho antes que Berlanga y unas décadas después que Ramón, compró en “Galerías Venus” una muñeca, maniquí bellísima, con los ojos azul cielo, se la dejaron a muy buen precio porque la tienda estaba de saldo y de capa caída. Sandalio pensó que para pasear como es debido a la bella Beatriz necesitaba un descapotable rojo. Dicho y hecho. Hizo construir en su casa, además, un vestidor con espacio suficiente para trajes, sombreros, zapatos y espejos para que Bea, así llamaba familiarmente a su novia, tuviera todo lo mejor para arreglarse a su gusto. Sandalio la paseaba, orgulloso, por toda la ciudad; se sentaba con ella en los restaurantes caros y pagaba religiosamente las cuentas de la doble consumición. Un día de finales de abril la paseó en el descapotable rojo con un espectacular traje de novia, estaba bella y distante como una diosa, y al día siguiente, primero de mayo, Sandalio y Bea se sentaron en la Plaza de San Nicolás, la más céntrica y hermosa de la ciudad, con un cochecito de bebé que contenía a sus hijas María y Rocío. Sandalio no consiguió que el cura de San Marcelo las bautizara, tampoco el funcionario del Registro Civil cumplió con su obligación; pero él habló seriamente con Beatriz y con determinación poco vista en esos pagos acordaron los nombres de las mellizas. Algunos portosantinos se apiadaban de él y decían que era un pobre enfermo que no hacía daño a nadie; otros, malévolos de raíz y de corazón, decían que era un perverso, un fetichista peligroso y que

había que encerrarlo en el manicomio de Miraflores. A pesar de todos los impedimentos y burlas que sufrieron, Sandalio, Bea, María y Rocío construyeron, con diferencia, la familia más feliz de Portosanto.

CXXV

“Limpiezas Hércules”

Hércules estaba desesperado y aburrido en el Olimpo y le pidió a su

padre, Zeus, dos cosas: la primera, la condición de mortal y un microcrédito para abrir una empresa en Calpe, lugar donde levantó una de sus célebres columnas. Zeus le dijo:

-No lo entiendo, Hércules, con lo tranquilo que estás aquí, poniendo zancadillas a los mortales, pero si tú lo deseas te concedo la condición de mortal, ¿pero el microcrédito en qué empresa lo quieres invertir?

-Gracias, padre, echo de menos todo aquello de la Hidra de Lerna, a la corza de Cerinea, a Gerión y a su perro Ortus, al jabalí de Erimantea, a Hipólita, a Diómedes, a Teseo, al jardín de las Hespérides,... No soporto esta inmortalidad soporífera de los dioses olímpicos, quiero ser mortal y emprendedor, que es una palabra que mientan ahora mucho los mortales.

-Sea tu voluntad, Hércules, ¿pero insisto en qué empresa quieres invertir el dinero, con intereses, que te voy a prestar?

-Acaso, padre, ¿no recuerdas, que una de mis más celebradas gestas fue limpiar en un solo día los establos de Augias, que contenían dentro tres mil bueyes y

suciedad de treinta años, desviando el cauce del río Alfeo? Pues a eso me quiero dedicar, voy a montar en Monte Calpe una empresa de limpieza de casas y de comunidades de vecinos, esto me dará un buen vivir hasta que tenga que cruzar el Aquerón.

-No sabes lo que dices, Hércules, esta gesta es la más difícil de todas las que has realizado; si no sucumbes, en Calpe, al Brexit que plantea un mortal llamado Boris Jhonson, acabarán contigo los seres más peligrosos que son los que

habitan en las comunidades de vecinos, nada que ver tienen con el peligro del león de Nemea, de los pájaros de Estinfalia o del toro de Creta. Esta será tu prueba más difícil, te prestaré el dinero, pero lo doy por perdido.

-No te preocupes, padre, invertiré bien tu dinero y saldré airoso, no te arrepentirás, el nombre de mi empresa ya es una garantía.

-¿Y cuál es ese nombre?

-*"Limpiezas Hércules"*. No te quepa duda de que conseguiré el monopolio del sector y seré el emprendedor más sobresaliente y presidente de los empresarios de la zona.

-Lo que tú quieras, hijo, no me opongo a tu voluntad, pero quiero que sepas que tu madre, Alcmena, ante el oráculo de Delfos está llorando el final de tus días.

CXXVI

Otoño

Si viniera la enfermedad con su rosario de epifanías, no seguiré el

consejo de Amado Nervo, aquello de alégrate *"porque en ti se ensaya ese divino alquimista que se llama dolor"*. Más bien, como Enrique Lihn, le pediría a la medicina *"que me mate sin dolor"*. O mejor aún, tener la suerte de morir sin dolor y sin medicina; en fin, ya se verá, de momento el otoño va dorando las hojas de los árboles y ese espectáculo es como para no perderselo. *De rerum natura*.

CXXVII

A Quevedo

Sísifo será,
mas Sísifo pulverizado,
sin coturnos aventado,
en el jardín de Dante
cerrado...

